

MEDIOEVO Y LITERATURA

Actas del V Congreso de la Asociación
Hispánica de Literatura Medieval

(Granada, 27 septiembre - 1 octubre 1993)

Volumen II

Edición de Juan Paredes

GRANADA
1995

© ANÓNIMAS Y COLECTIVAS.

© UNIVERSIDAD DE GRANADA.

MEDIOEVO Y LITERATURA.

ISBN: 84-338-2023-0. (Obra completa).

ISBN: 84-338-2024-9. (Tomo I).

ISBN: 84-338-2025-7. (Tomo II).

ISBN: 84-338-2026-5. (Tomo III).

ISBN: 84-338-2027-3. (Tomo IV).

Depósito legal: GR/232-1995.

Edita e imprime: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada. Campus Universitario de Cartuja. Granada.

Printed in Spain

Impreso en España

La Alhambra en el cuento medieval: La leyenda de los Abencerrajes

“El pueblo de Granada posee leyendas, cuentos y romances que forman una especie de literatura oral ó tradicional. Entre el vulgo aún se conservan memorias de los árabes y restos de sus tradiciones quiméricas. Las hazañas de que han sido teatro Granada y su vega, consideradas al través de algunos siglos, adquieren cierto carácter fantástico, que la imaginación de los habitantes realza con hechos nuevos y maravillosos. Así, es frecuente hallar en los barrios á padres de familia leyendo romances, y oír á viejas que cuentan las proezas y fatigas de los cristianos, vencedores de los moros. Estas crónicas orales contienen casi siempre circunstancias que escitan terrores, pánicos: en ellas consta, ya la conversión de muchos infieles que defendían alguna torre de la Alhambra, ya el suplicio de almas renegadas sometidas á las influencias de espíritus malignos, y ya el misterio con que estas almas en pena, ocultas en las torres Bermejas ó en los Siete Suelos, sorprenden á las gentes en el silencio y recogimiento de la noche, bajo la forma de un perro enorme, de un caballo sin cabeza ó de una feísima harpía”¹.

Así nos describe Lafuente Alcántara cómo Granada se halla enmarcada en un cuadro de leyendas en torno a la Alhambra, a la estancia musulmana de la que se llamó “Damasco española”. Pero, ¿cómo era esa maravillosa ciudad a la luz de los ojos de aquellos que se inspiraron en su belleza? Sus contemporáneos la inmortalizaron en minuciosas descripciones en las que supieron captar toda la magia y el encanto que envuelve a la ciudad de las 1.300 torres, para su deleite y el de generaciones venideras.

En 1350, el visir granadino Ibn Al-Jatib, en su libro *Resplandor de la luna llena acerca de la dinastía nazarí*, nos habla de ella como “capital ilustre de todo el reino, emporio insigne de traficantes, madre benigna de marinos, albergue de

1. LAFUENTE ALCÁNTARA, M., *El Libro del viajero en Granada*, Madrid, Don Quijote, 1849.

viajeros de todas las naciones, vergel perpetuo de flores, espléndido jardín de frutas, encanto de las criaturas, erario público, ciudad celeberrima por sus campos y fortalezas, mar inmenso de trigo y de acendradas legumbres y manantial inagotable de seda y azúcar. No lejos de ella sobresalen cumbres altísimas (Sierra Nevada), admirables por la blancura de sus nieves y bondad de sus aguas. (...) Su comarca abunda en oro, plata, plomo, hierro, atucia, margaritas y zafiros(...), y hay tal abundancia de seda, que sirve para el consumo, y sobra para el comercio; con la singularidad de que estas ropas de seda (se puede asegurar sin reparo) en suavidad, delicadeza y duración aventajan con mucho a las de Siria.

El campo es amenísimo y rival del valle de Damasco; y tan llano y suave, que con la misma comodidad se viaja por él de día o de noche, a pie o a caballo. La naturaleza ha dotado con toda su lozanía a esta vega, y la ha refrescado con raudales copiosos. La regia estancia de la Alhambra sobresale con admirable perspectiva, cual otra segunda ciudad. Altísimas torres, espesas murallas, palacios suntuosos y otros muchos edificios elegantes hermocean aquel recinto y le embellecen con su magnificencia. Raudales cristalinos se despeñan, se convierten en mansos arroyos, y se deslizan murmurando entre bosques sombríos. A semejanza de Granada, huertos y graciosos vergeles dan tal amenidad a la Alhambra, que las almenas de los palacios asoman entre las bóvedas de verdura, como el cielo sembrado de estrellas en la noche oscura. Por doquiera se enlazan las parras con árboles cargados de pomas y de otras frutas regaladas”².

Desde que Muhamad Ibn Yusuf Ibn Názár (Ibn al-Alhamar) mandó construir una fortaleza en la colina de la Sabika, numerosas leyendas medievales han ido corriendo de boca en boca, primero por toda Granada y hoy ya, por todo el mundo, gracias a todos aquellos que en sus viajes a la capital del reino nazarí, prendados de tanta belleza y misterio decidieron escribirlas para mayor gloria de aquel reino, de aquella ciudad y de aquel Alcázar de las Perlas.

Tomemos como ejemplo la misteriosa puerta de Siete Suelos, en la torre del mismo nombre, situada en la zona sur de la Alhambra. “En 1.587 Bruin y Hogemberg, en su visita a Granada desde el sur, la destacó con el rótulo PORTA CASTRI GRANATENSIS SEMPER CLAUSA, lo que testifica que por entonces debían extenderse ya habladurías sobre posibles maleficios y sobre una supersticiosa súplica hecha por Boabdil para que fuera cerrada eternamente, lo que había obligado a inutilizar una de las piezas más solemnes y monumentales de la

2. IBN AL-JATIB, *El resplandor de la luna llena acerca de la dinastía nazarí*, in: SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., *La España musulmana: según los autores islamistas y cristianos medievales*, Madrid, Espasa Calpe, 1973, pp. 531-533.

Alhambra”, como afirma Bermúdez Pareja en su artículo “La Puerta de Siete Suelos”³.

Estas tradiciones medievales, que son muchas y variadas, reflejan un alto grado de fantasía y credibilidad, apoyándose en cualquier pequeño suceso histórico o pseudo-histórico para afianzar su pretendida veracidad. Así, por ejemplo, se creía antes que cada noche a las doce en punto salía de esta torre “un caballo sin cabeza y un perro de lanas sin cuerpo material alguno, a los que llamaban el Descabezado y el Lanudo” y que “éstos eran guardianes de los tesoros que escondieron los árabes al tiempo de su expulsión con la esperanza de volver a reconquistar Granada”⁴.

Pero no sólo esta torre es motivo de leyendas; casi todas ellas guardan algún misterio o tradición: la Torre de la Cautiva, la de las Damas, la de las Infantas (en la que Washington Irving sitúa sus cuentos de Zayda, Zoraida y Zorahaida), o la de la Vela, en la que fue colocado el pendón de los Reyes Católicos aquel memorable dos de enero de 1492 y a la que siguen subiendo las muchachas casaderas en la conmemoración de tal evento a tocar la campana, por creer en su mágico poder casamentero.

Así pues, puesto que sería imposible (si bien, muy interesante) recoger en tan sólo unos folios los numerosos cuentos en torno a la Alhambra, hemos escogido la leyenda medieval de los Abencerrajes, por ser una de las más conocidas. Podríamos enlazar tres leyendas en lo que habríamos de llamar un “antes” y un “después”; es decir, las leyendas en las que se cuenta qué es lo que provoca que el sultán mande matar a los Abencerrajes (conocidas como “El ciprés de la sultana” y “Zegríes y Abencerrajes”) y la leyenda en la que se da muerte a tales caballeros, llamada “La Cámara de los Leones”.

Poco hay que decir acerca de los Abencerrajes, porque ya son harto conocidos. “Su popularidad traspasó las fronteras y han llegado a constituir un tema muy estimado por la literatura universal. Hoy poseemos abundantes testimonios árabes y castellanos que atestiguan perfectamente su realidad histórica y señalan un origen cierto a la poética leyenda de la matanza de Abencerrajes, que dio nombre a uno de los salones de la Alhambra.

Los Abencerrajes aparecen en el siglo XI pululando por las cortes andaluzas de los reyes de taifa, con un poeta áulico de los hammudíes, que se distinguió por sus bellas descripciones de la campiña malagueña. A partir de entonces, los autores

3. BERMÚDEZ PAREJA, F., “La Puerta de Siete Suelos”, *Cuadernos de la Alhambra*, 3, 1967, pp. 176-177.

4. *Tradiciones granadinas*, Granada, Ed. por José ZAMORA, 1857.

árabes nos dan copiosa información acerca de esta familia que no sólo se destacó en el terreno de las armas y en el ejercicio de la política, sino también, en el campo de las Letras y en el cultivo de las Ciencias. (...) En las postrimerías del reino granadino se rebelaron contra Muley Hacén, para elevar al trono a Boabdil, el cual, al pactar la rendición de Granada, se cuidó por que quedasen en situación de privilegio, respecto de otros cortesanos suyos.

Tras la conquista, abandonaron la capital granadina y se trasladaron a la Alpujarra. Más tarde, vendieron los bienes inmuebles que poseían en España y, en marzo de 1493, emigraron casi en masa, estableciéndose en el Noroeste de Africa.

Resulta curioso advertir que el Abencerraje de la leyenda, el que ha adquirido carta de naturaleza en la literatura universal, es un personaje muy diferente del Abencerraje de la Historia, porque los poetas han atribuído al primero todas las cualidades positivas que no tuvo el segundo”⁵.

Así nos dice Ginés Pérez de Hita en el capítulo VI de sus *Guerras Civiles de Granada* (de 1595, 1ª parte): “no se tenía por dama quien no amaba Abencerraje; y donde quiera que había caballeros de este linaje, eran tenidos, estimados y queridos de todos, que causaban envidia a los otros caballeros. Y con mucha razón eran queridos de las damas, porque todos ellos eran galanes y gentiles hombres, hermosos y dotados de discreción, y muy bien criados, y de buenos respetos. Ninguno llegaba a cualquiera dellos con necesidad que no se le remediasse, aunque fuese muy a su coste. Eran deshacedores de agravios, aquietadores de la república, padres de huérfanos, amigos por extremo de la conservación y obediencia á sus reyes de vida. Eran muy amigos de cristianos, porque ellos mismos iban á las mazmorras á visitar á los cautivos, y los consolaban, daban limosnas, y les enviaban de comer; y por estas y otras muchas causas eran queridos de todo el reino. Jamás en ellos se halló temor, aunque se les ofreciesen casos muy arduos”⁶.

En muchos romances y cuentos medievales se hace referencia a tal familia como “la flor de Granada”, haciendo honor a la nobleza y fama de los Abencerrajes, como puede apreciarse en el romance de la pérdida de Alhama, ocurrida en el 1.482, durante el sultanato de Muley Hacén:

– Bien se te emplea, buen rey,
buen rey, bien se te empleara;

5. SECO DE LUCENA, L., *Orígenes del orientalismo literario*, Santander, Publicaciones de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, 1963, pp. 29-31.

6. PÉREZ DE HITA, G., *Guerras civiles de Granada*, in: *Novelistas anteriores a Cervantes*, Biblioteca de Autores españoles, p. 525.

mataste los Bencerrajes,
 que eran la flor de Granada;
 cogiste los tornadizos
 de Córdoba la nombrada.
 Por eso mereces, rey,
 una pena muy doblada,
 que te pierdas tú y el reino
 y que se acabe Granada⁷.

Para conocer la vida integral de un pueblo hay que leer las inscripciones que campean sobre los sepulcros de sus jefes. Ellos suelen descubrirnos las ideas básicas de su orgullo. Por ello adjuntamos la traducción que hace Emilio García Gómez del epitafio de un Abencerraje, del día 13 de Muharram del año 766 (9 de octubre de 1.364, año cristiano), en el que se muestra, una vez más, la idealización de las cualidades de esta ilustre familia: “Esta es la tumba del jeque, el alcaide, el visir, el excelso, el combatiente por la fe; el ejecutivo, el feliz, el elevado; el generoso, el meritorio, el perfecto; el reverenciado, el respetado; el adornado de altaneros designios y purísimas prendas; el que se elevó por sus nobles acciones y su buena conducta a las más altas dignidades; el santificado y llorado Abu Ishaq, hijo del jeque, el visir, el excelso, el reverenciado, el glorioso, el noble, el linajudo; el generoso, el meritorio, el piadoso, el llorado Abu Abd Allah ben al-Sarrach (¡Dios santifique su espíritu y refresque su tumba!) (...) Fue trasladado a la gran corte de Granada (¡Dios el Alto la guarde!), lugar de su ordinaria residencia y sede de su linaje, y enterrado en este cementerio de sus afueras (¡Dios lo acoja con satisfacción y beneplácito, y le renueve su misericordia en todo momento!)”⁸.

Conocido ya el linaje que cambió el nombre a la Sala de los Leones, pasaremos a la primera leyenda, que suele llamarse “ZEGRIES Y ABENCERRAJES”.

Ambas familias rivalizaban por obtener el favor del sultán, puesto que Granada ni en el momento decisivo de su historia estuvo libre de luchas dinásticas. Pero, como ya hemos dicho anteriormente, eran, estos últimos, los tenidos en mayor consideración no sólo por el rey sino también por todo el pueblo. Por ello, los Zegríes, “raza bastarda hija del desierto, con pasiones violentas como el sopro mortífero del semoun, traidores como el xacal de los arenales y sedientos de

7. MENÉNDEZ PIDAL, R., *Flor nueva de romances viejos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1967, p. 204.

8. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *op. cit.*, p. 551.

sangre como el tigre real de Senaar”⁹, carcomidos por la envidia, andaban buscando algo que, por pequeño que fuese permitiera desmitificar la figura del Abencerraje a ojos del rey y de toda Granada.

En las *Crónicas castellanas* de PEDRO DE ESCAVIAS de 1462, aparece la matanza de los Abencerrajes ocurrida durante el reinado de Enrique IV que la leyenda ilustró después.

“Onde como la nueua de la destruyción z grandes males daños quel dicho señor Condestable fizo en tierra de moros, segund dicho es, llegase a la çibdad de Granada, todo el común de la dicha çibdad se alborotó z levantó contra su rey çidi-çaha, diciendo que no tenían ellos rey sino para los despechar y robar, mas no para los defender y anparar de los cristianos, que les corrían z robauan quemauan z la tierra, z les matauan z leuauan sus parientes catiuos. Y demás desto, que avían pechado las parias que avían de dar al rey de Castilla y se las avía tomado z comido, z no las avía pagado; por cabsa de lo qual los cristianos les facían por todas partes la guerra, y la tierra de los moros de cada día se desoblaua y perdía”.

Y como el rey de Granada, visto el mouimiento grande del pueblo contra él leuantado, de aquestas palabras terreçió z ovo grant miedo, respondióles así:

“Amigos, yo no soy el rey de Granada, saluo el alcayde Mofarrás, que es alguacil mayor, z los Abencerrajes. Éstos son reyes de Granada, y éstos han tomado z comido las doblas que pechastes para las parias, que a mí no dieron lugar que las pudiese pagar al rey de Castilla; ni me dexaron llegar a ellas, ni me quieren ayudar a defender la tierra.

Entonçes los moros le dixieron:

– Pues tú ¿para qué eres rey? Si esos caualleros toman las parias, z las gastan, z quieren mandar más que tú, y son cabsa de tan grandes males y daños como los moros reciben, ¿por qué no los degüellas?

A lo que el rey respondiό:

– Si vosotros me days fauor para ello, así lo faré”¹⁰.

Ginés Pérez de Hita¹¹ relata en torno al archiconocido romance “Mira, Zaide, que te aviso” y a su respuesta “Dí, Zaida, ¿de qué me avisas?”, una historia de la que surge, al fin, la ofensa esperada por los zegríes para llevar a cabo su venganza

9. FERNÁNDEZ y GONZÁLEZ, M., *Allah- Akbar. Leyendas de las radiciones del sitio y conquista de Granada*, Barcelona, Ed. El Albir, 1982, p. 57.

10. SÁNCHEZ ALBORNOZ, *op. cit.*, pp. 588-589.

11. PÉREZ DE HITA, G., *op. cit.*, cap. VI, p. 524.

y traición. En ella, se trata de los amores de Zaide y Zaida y de cómo su amigo “el moro Tarfe, lleno de envidia y mortal rabia, viendo cuán favorecido y estimado estaba con ésta, determinó revelarle á la hermosa mora...”¹², cómo Zaide se vanagloriaba mostrando a todos la prenda que le había entregado en señal de su amor.

Zaida creyó a Tarfe y “todo su amor se volvió en rencor y odio”, rechazando a Zaide, que tanto la amaba. Conocida entonces la infamia por el enamorado, decidió éste buscar al moro para matarle y así, hacerle pagar el daño hecho a Zaida; y así lo hizo. Los Zegríes, amigos de Tarfe, quisieron matar a Zaide, pero prefirieron aguardar a las ya próximas fiestas, que iban a celebrarse en Granada y dar muerte a un mayor número de Abencerrajes, pues a ésta familia pertenecía Zaide. Muhammed Zegrí propuso entonces matar “en el torneo ó en las cañas” a los valientes caudillos; que, siendo esto así, el resto sería más fácil: “saldremos treinta Zegríes y llevaremos libreas rojas y encarnadas, con los penachos de plumas azules, antigua divisa de los Abencerrajes, para que sea por esto instrumento de que se enojen por nosotros”¹³.

Así aparecieron el día señalado en la Plaza de Bib-rambla, donde, según Fernández y González, el desgraciado acontecimiento tendría lugar, pues en vez de cañas, los zegríes utilizarían lanzas, hiriendo de muerte a un Abencerraje y provocando con ello un encarnizado combate entre los caballeros que asistían a las fiestas.

No pudiendo soportar el horror que le mostraban sus ojos, la reina se desmayó. Acercóse entonces su amado Aben Hamet, y haciéndole volver en sí le recordó su cita en el Generalife, puesto que por fin la reina había accedido, herida también de amor.

Los zegríes no cejaron hasta encontrar la oportunidad que buscaban para desprestigiar a los nobles caballeros Abencerrajes; tal era su envidia que no les importó mezclarlos en una historia de injuria y adulterio:

“Sabrá vuestra Majestad, que todos los Abencerrajes están conjurados contra vos para quitaros vuestro reino y la vida; y éste atrevimiento ha salido dellos, porque trata lascivos y adúlteros amores con...¡ó cielos, quién dirá esto, que el dolor no le acabe!... mi señora la reina, el Abencerraje Albin Hamete, que es el más poderoso y rico de todos los caballeros de Granada (...) Bien se acordará vuestra Majestad cuando en el Generalife se hacía una zambra, que entró el maestre á pedir desafío y salió Muza en la suerte; pues aquel dia paseándonos

12. PÉREZ DE HITA, G., *op. cit.*, cap. VI, p. 524.

13. *Ibidem*, p. 525.

por la huerta yo y éste caballero Gomel vimos en una calle de arrayanes, debajo de un rosal, en deshonestos deleites á la reina y el adúltero Abd Albin Hamete; y estaban tan embebecidos en sus actos libidinosos, que no nos sintieron con estar tan cerca. Yo se lo enseñé á Mahandin Gomel, y admirados del atrevimiento nos apartamos un poco para ver el fin; y á poco espacio salió la reina, y se fue acia la fuente de los Laureles, y de allí adonde estaban sus damas. Pasado gran rato vimos salir al alevoso de Albin Hamet cogiendo rosas blancas y rosas, y dellas hizo una guirnalda, y se la puso en la cabeza: nosotros nos llegamos con disimulación a él y le preguntamos en qué se entretenía; á lo cual nos dijo: en ver esta deleitosa huerta, que tiene en qué se esparza la vista; diónos dos rosas a cada uno, y nos venimos todos paseando hasta donde estaba vuestra Majestad”¹⁴.

Habiendo oído al Zegrí, el sultán tomó como cierto que los Abencerrajes le habían traicionado, por lo que determinó a instancias de un Zegrí, que habían de ser degollados todos los Abencerrajes, empezando por Hamet.

Antes de continuar con el relato, volvamos atrás, a los jardines y al amor, y recordemos más detenidamente la leyenda de “El ciprés y la sultana” (también llamada “El ciprés del Generalife”) a la que sólo hace breve mención Pérez de Hita.

Manuel Fernández y González¹⁵, recoge de la tradición, que estos sucesos ocurrieron el día en el que se dio una fiesta para la reconciliación entre Zegríes y Abencerrajes, con objeto de paliar la traición y rendir de nuevo homenaje al rey.

El jardín donde se alzaba el ciprés que Abul-Walid, quinto rey de la dinastía nazarí, mandó plantar para servir el capricho de una esclava, se hallaba lejos del bullicio de la fiesta y allí fue donde se encontraron Aben-Hamet y la sultana, que “cayó sin fuerzas, rendida a su amor, sobre el césped que rodeaba el ciprés”¹⁶. Pero, de repente, recordó a su esposo, al que amaba, y apartándose de Aben-Hamet, lo rechazó.

Aben-Hamet, tras hablar a la sultana con hermosas palabras del dolor que le causaba su desprecio, se aleja de ella triste y derrotado. Ella, al verlo tan exaltado, rompe a llorar, deteniéndolo con su llanto. Le confiesa su amor, pero a la vez le ruega que puesto que se debe a su esposo, la abandone; pero no sin antes haberle dejado un recuerdo de su “hidalga compasión”, de su “honra de caballero”. Aben-Hamet se acercó a un rosal y le tejó una corona de rosas blancas y rosas,

14. PÉREZ DE HITA, G., *op. cit.*, cap. XIII, p. 554.

15. FERNÁNDEZ y GONZÁLEZ, M., *op. cit.*

16. *Ibidem*, p. 71.

pidiéndole que la guardara en prenda de su amor y que, si alguna vez encontraba su tumba, que la pusiera allí como testimonio de que no lo había olvidado.

Existe una tradición, que se halla en Pérez de Hita y Luis de Montes¹⁷, según la cual, esta escena no fue presenciada por el rey, como ocurre en otras versiones, sino que eran cuatro caballeros, enemigos acérrimos del Abencerraje, los encargados de desvelarle el secreto y provocar con ello la cruel matanza:

“Pero lo que se puede hacer para ser vengado, sin alborotar la ciudad, es mandar que vengan á palacio uno a uno, y tener allí veinte caballeros de confianza que los vayan degollando; y siendo así hecho uno á uno, cuando el caso se venga á entender ya no quedará ninguno de todos ellos...”¹⁸.

Este fue el consejo que aquel pérfido Zegrí le dio al sultán, al que pareció bien y pidió que se tuviera todo preparado en el Cuarto de los Leones con “treinta caballeros armados, y un verdugo”.

La Sala de los Leones –hoy, de los Abencerrajes– tiene su entrada por la parte sur del Patio de los Leones y no tiene ninguna otra entrada que la comunique con salas anejas. A uno y otro lado hay dos alhamíes o alcobas y en el centro, una fuente en la que tuvo lugar la matanza.

Según la versión de Pérez de Hita, así sucedió:

“Y estando todos muy á punto, el rey fue avisado dello, y se fué al Cuarto de los Leones donde estaba el falso Zegrí con treinta caballeros Zegríes y Gomeles, muy bien aderezados, y con ellos un verdugo; y al punto mandó llamar al Abencerraje, su alguacil. Fue un paje y le dijo que el rey lo llamaba; y así como entró en la cuadra de los leones, le asieron, y sin que pudiera hacer resistencia, en una taza de alabastro muy grande en un instante fue degollado. Asimismo llamaron á Albin-Hamet, el cual decían haber adulterado”¹⁹.

Y en las citadas *Crónicas Castellanas* de Pedro de Escavias:

“E como entraron en el Alhambra, do el rey estaua ya proueydo de gente secreta, luego los mandó degollar. E avn así ficieran a otros, saluo por quel ynfante su fijo rogara por ellos. Y como la nueua sonase por la çibdad de Granada, luego Mahomad Abençerraje, Aly Abençerraje, el Valençi, y el çabçaní, el Alatar, otros caualleros asaz, que eran casi todos el cabdal de la casa de Granada, partieron de allí con asaz caualleros, y fuéronse a Málaga”²⁰.

17. MONTES, L. de, *Tradiciones granadinas*, Granada, Ed. por D. José ZAMORA, 1857.

18. PÉREZ DE HITA, G., *op. cit.*, cap. XIII, p. 554.

19. *Ibidem*, p. 555.

20. SÁNCHEZ DE ALBORNOZ, *op. cit.*, p. 589.

“Y desta suerte fueron degollados treinta y seis caballeros Abencerrajes de los más principales de Granada, sin que nadie lo entendiese; y murieran todos, si Dios nuestro señor no favoreciese la causa, para que no muriera tan abatidamente, por dar crédito a un falso traidor”²¹.

“Desde aquel terrible día –nos dice Fernández y González²²– la Cámara de los Leones, en memoria del asesinato se llama Sala de los Abencerrajes, y aún se muestra al viajero sobre el mármol de su ancha fuente las manchas de sangre de aquellos valientes caballeros”; manchas que, según la tradición popular, no habrán de borrarse nunca.

La muerte de los Abencerrajes, que eran “la flor de Granada” alborotó a toda la ciudad. “Toda la gente andaba por la Alhambra buscando al rey con tal alboroto que parecía hundirse todas las casas y torres; y si tempestad y ruido había allí, no menos alboroto y llanto había en la ciudad. Todo el pueblo en común lloraba á los muertos Abencerrajes”²³.

El rey desterró a aquellos supervivientes de la familia y les confiscó sus bienes “y los que no son tan culpados y los ausentes, así alcaides, como los que no lo son, que se queden en Granada privados de mi real servicio y si tuvieren hijos varones, los envíen a criar fuera de la ciudad; y si fueren hijas, que las casen fuera del reino”²⁴.

Esta última parte de la leyenda queda recogida en las distintas versiones medievales de “El Abencerraje y la hermosa Jarifa”, en las que Abindarráez se lamenta de pertenecer a un linaje venido a menos. Así, lo encontramos en el *Inventario* de Villegas, en la *Diana* de Jorge de Montemayor o en el manuscrito de Toledo ambos de 1561, y finalmente en un pliego suelto titulado *Parte de la Corónica del ínclito infante D. Fernando que ganó Antequera*, datado entre 1550 y 1560:²⁵

“Soy de los Abencerrajes de Granada, [dijo Abindarráez a D. Rodrigo], de los cuales muchas veces habrás oído decir; y aunque me bastaba la lástima presente sin acordar las pasadas, todavía te quiero contar esto: Hubo en Granada un linaje de caballeros que llamaban Abencerrajes, que eran flor de todo aquel reino (...) Eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente común (...) El rey de Granada hizo a dos de estos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que

21. PÉREZ DE HITA, G., *op. cit.* cap. XIII, p. 555.

22. FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 99.

23. PÉREZ DE HITA, G., *op. cit.*, cap. XIII, p. 556.

24. *Ibidem*, p. 558.

25. SECO DE LUCENA, L., *Los Abencerrajes: Leyenda e Historia*, Granada, 1960.

contra ellos tuvo. Y quísose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos, y a su instancia otros diez, se conjuraron para matar al rey, y dividir el reino entre sí vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fue descubierta, y por no escandalizar el rey el reino, que tanto los amaba, los hizo a todos una noche degollar, porque a dilatar la injusticia no fuera poderoso de hacella. (...) Veos aquí en lo que acabó tan esclarecido linaje y tan principales caballeros como en él había (...) Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas, y su nombre dado en el reino por traidor. Resultó deste infelice caso que ningún Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre y un tío mío, que hallaron inocente deste delito, a condición que los hijos que les naciese[n], enviasen a criar fuera de la ciudad para que no volviesen a ella, y las hijas casaran fuera del reino (...)”²⁶.

Aquí acaba la leyenda de los Abencerrajes, aunque la historia continúa en la que se suele denominar “El Juicio de Dios”, que cuenta cómo la sultana consigue restaurar su honor, gracias a cuatro caballeros cristianos (D. Alfonso de Aguilar, D. Juan Chacón, D. Diego Fernández de Córdoba y D. Manuel Ponce de León) que, disfrazados de turcos vencen en la plaza Bib-rambla a los Zegríes y Gomeles que la habían acusado de adulterio, lo que es tomado como el “Juicio de Dios” para mostrar al rey y a Granada entera la inocencia de la reina y cuán injustamente se había procedido contra los Abencerrajes.

Según la tradición recogida por Jose María Muñoz²⁷ en la leyenda “Los dos luceros del amanecer”, la sultana, fue también, mandada a degollar sin piedad.

Son pues, muchas las versiones de las distintas leyendas medievales que han surgido de los misterios de las torres, salas y jardines del palacio de la Alhambra, que hacen que el viajero, el turista y, en definitiva, todo aquel que se acerca a sus muros, la vea a través de un fino velo de misterio y exotismo, creyendo encontrar a cada paso un tesoro escondido en la huida de aquéllos, unos ojos tras la celosía de la torre de las infantas o una mancha de sangre en el mármol de la fuente que hay en la Sala de los Abencerrajes...

ESPINAR FRÍAS, M. / SÁNCHEZ, J. / SALINAS, L. / HERNÁNDEZ, F. / GÓMEZ, E.

26. VILLEGAS, A., *Inventario*, Madrid, Colección “Joyas bibliográficas”, 1955, p. 70-72. Hemos de hacer notar que en el texto de Villegas se da la cifra de doce Abencerrajes degollados y no la de treinta y seis, que es la que comúnmente aparece en la leyenda.

27. MUÑOZ CAMPOS, J.M., *Un cuento de la Alhambra. “Los dos luceros del amanecer”*.